



M. DE MALLEVOE, Secretario de la dirección de los trabajos

edificio del Campo de Marte, según una comparación de la época, «como una tabla pitagórica,» perteneciendo un sentido de la tabla á los productos similares, y estando reservado el otro á la yuxtaposición de las nacionalidades. Se construyó este palacio de hierro, ladrillo y cristal, se flanqueó de cúpulas en sus cuatro ángulos, se ciñó de pórticos y se revistió de azulejos en los puntos más aparentes.

Los gastos ascendieron, según datos de la comisión administrativa, á 35 313.000 francos, y los ingresos no pasaron de 19.235.000.

Los expositores fueron en número de 53.000; y más de cuarenta millones de visitantes recorrieron las galerías, salas y jardines. En suma, el éxito fué más vivo aún de lo que se hubiera esperado.

No se ha olvidado el aspecto fantástico de la calle de las Naciones, hecha de especímenes de todas las arquitecturas existentes. Nada se había omitido en el conjunto para la belleza del golpe de vista y se pasaba de sorpresa á sorpresa. La única crítica del público fué haberse economizado mucho los sitios de recreo y no haber creado una vida de la noche á lo menos en el gran parque.

La Exposición de 1878 dejó tras sí una estela de luz y algún déficit. *Sic transit gloria mundi!*

(Continuará)

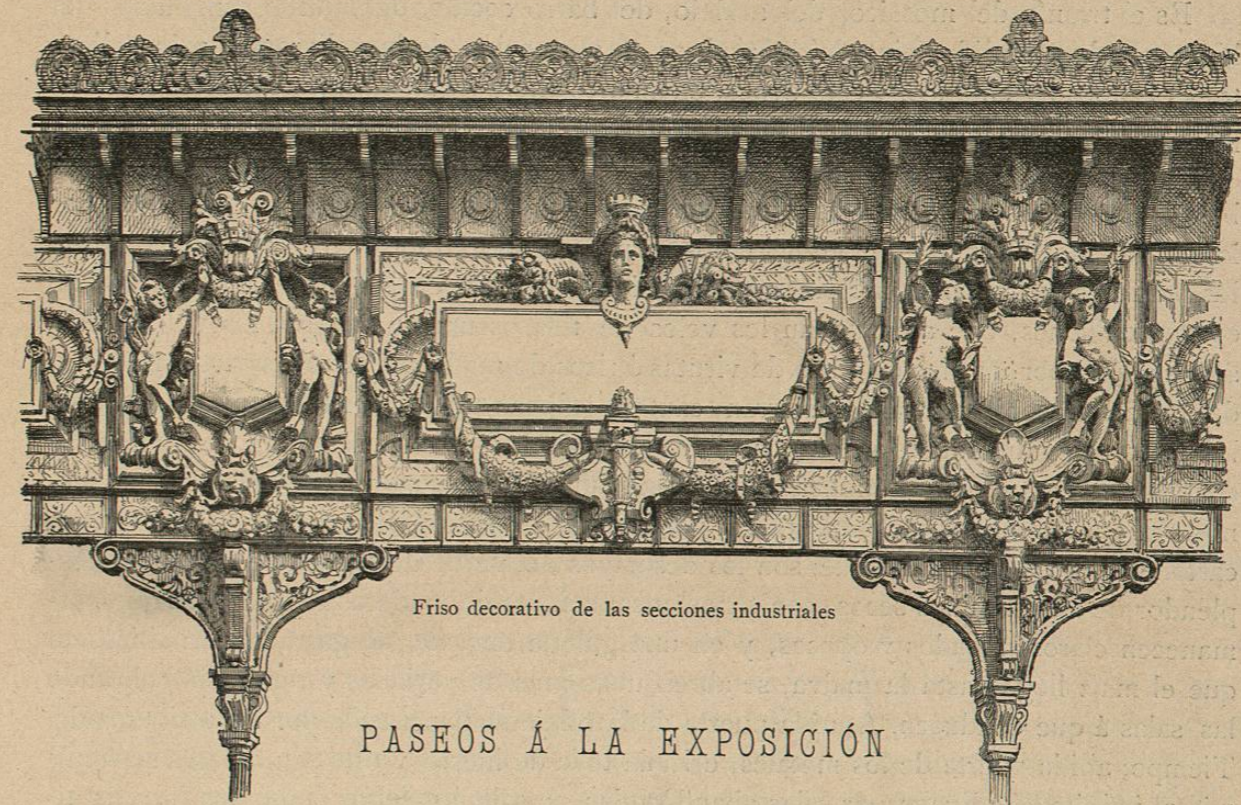
PIERRON

(Ingeniero de construcc. metálicas)

Una subcomisión presidida por el ilustre Viollet-le-Duc examinó los numerosos proyectos expuestos por arquitectos y adoptó el plano de la construcción. Se decidió que se celebraría la Exposición, no en el bosque de Boloña como muchos habían querido al principio, sino en el recinto de París con dos centros principales dominados por dos palacios, á saber: el Campo de Marte ocupado por una red de galerías cubiertas, y el Trocadero coronando el parque y sus curiosas fábricas con su edificio en forma de ábside, adosado á dos galerías semi-circulares y coronado por dos torres de un raro estilo seudo oriental.

Estos dos edificios abarcaban más de 270.000 metros, pero la superficie general de la Exposición, comprendiendo todas las anexas, se extendía á 750.000 metros enteramente cerrados.

Ciertas razones prácticas, como la rapidez de la construcción y la facilidad de la circulación, hicieron desistir de la forma elíptica de 1867. Dispúsose el



Friso decorativo de las secciones industriales

PASEOS Á LA EXPOSICIÓN

LOS ÚLTIMOS TRABAJOS

La sorpresa es grande, si no se han visitado estos parajes desde el año pasado. La última impresión que traje del Campo de Marte fué la de una llanura tostada por el ardiente sol de agosto y surcada por el melancólico paseo de soldados á caballo empolvados y sucios.

Hoy no existe nada de aquella explanada, cuyo polvo estaba militarmente removido. Sobre la tierra pálida y marcada por las herraduras del antiguo campo, surgen construcciones unas por encima de otras en una incomparable confusión de países y de tiempos. Entrando por el muelle de Orsay, por donde se levanta la torre Eiffel, se abarca el conjunto á un golpe de vista. En el fondo, frente por frente de nosotros y separada por jardines que algunos jornaleros remueven con sus palas, se alza la entrada monumental coronada por una enorme cúpula llena de esculturas y blasones de ciudades; diríase de un escafandro gigante, de una cúpula en forma de casco, esmaltado, acribillado de vidrieras de colores, laminado de oro y barnizado de azul, y como en orla ú orilla, á todo lo largo del Campo de Marte, multitud de edificios, que se suceden precedidos de galerías, de miradores de hierro, pintados de azul, con genios que llevan sendas palmas, adornadas de volutas y escarolados de plata, blasonados también con atributos de ciudades provistos de coronas murales con almenas de oro.

En medio de las dos alas de este monumento, que bordean á lo largo la avenida de la Bourdonnais y la avenida de Suffren, se elevan unas cúpulas enfrente de otras más pesadas y bajas que la de la entrada y grieteadas como platos, y barnizadas de un esmalte turquesa con toques de oro: son los palacios de las Artes liberales y de las Bellas Artes.

Es el triunfo del mosaico, del azulejo, del barro cocido, del ladrillo esmaltado, del hierro tirado y fundido, pintado de azul; es la afirmación de la policromía más ardiente; es fastuoso y enfático, y esto evoca, en un arte diferente, la pintura teatral de Makart, pero de un Makart que hiciera resaltar en vez de su pesado rojo un redundante azul.

Si atravesando ahora el jardín que se prepara y á cuyo alrededor se agrupan temibles figoneros, cuyos corrosivos alimentos se venden á crecidos precios, penetramos por la entrada monumental en el edificio, nos sorprende un extraordinario espectáculo desde los primeros pasos: es un laberinto, un caos indescriptible en los inmensos tinglados de colores chillones, que amortiguan los velos de tela oscura que cubren los vidrios. Allí sólo se anda por un piso cubierto de virutas ó rizos de madera. Por todas partes multitud de operarios acepillan, clavan, sierran, cantan, golpean tablas; por todas partes, subidos los pintores en andamios, acaban de pintar los tiros de fundición, se juntan, se sueldan, se deshilan en los techos y la policromía domina aún, pero más moderada, más discreta, menos ruidosa que en las fachadas; el oro permanece, se desarrolla aun en cordoncillos y en cartones, pero el azul se pierde; son los desmayos del verde de agua, que reanima el esplendor de los carmines secos, son tonos encantadores de maderas de pinabete que permanecen claros, rosados y opacos, y en una galería enorme, abigarrada de matices en que el maíz llega hasta la malva, se abren unas puertas variadas y raras, simbolizando las salas á que conducen. Aquí la puerta de la relojería flanqueada por los atributos del Tiempo; allí la puerta de los metales, erizada toda de hierro, y esto se propaga, se continúa al infinito. Se divaga por salas abandonadas, se sale á galerías donde los caballos tiran de pesados camiones, ó las póleas levantan pesadísimas cajas.

Y entra uno en nuevas galerías donde los braceros excavan todavía y los carpinteros arreglan las vitrinas y pulimentan el duro nogal.

De repente resuena un estridente silbido y acude un jefe de estación que aparta á los curiosos. Un tren llega cargado de sacos, de cajones, de bultos ceñidos de hierro, y es extraño, cerca del salón de la perfumería, cuyas vitrinas al gusto del siglo XVIII están ya preparadas, la locomotora maniobra sobre los rails que circulan á lo largo del suelo.

Mas lejos, otro silbido menos ronco, menos imponente, cunde por el espacio, y entonces se descubre, no ya la formidable máquina que remolca pesado tren, sino la locomotora pequeñita de Decauville, locomotora aun niña, vivaz y alegre, con su vestido verde y su tocado negro, sombrero ó chimenea de embudo, que apenas humea: corre arrastrando una cola de wagones enanos, y acorta y se detiene, como haciéndose la interesante, y vuelve á correr y á detenerse en las interminables calles de las prolongadas salas.

Comienza uno á no saber dónde está; mira atontado aquellos kilómetros acumulados de piezas; anda por encima de escombros; tropieza en los travesaños; la inmensa fábrica alienta y trabaja sin descanso para estar dispuesta. Y está ya uno hartado y fatigado, cuando de pronto aparece la parte grandiosa de la Exposición. Éntrase en la galería de las máquinas, y los cansados ojos se serenán en esta prodigiosa sala, donde resplandece la gloria de la fundición. Imaginaos una galería colosal, amplia como ninguna, más alta que la nave más elevada, una galería que se lanza sobre una inmensa serie de arcos empernados de hierro, describiendo como una especie de arco semicircular algo rebajado, como una especie de inmensa ojiva que reuniera en las nubes sus vertiginosas puntas, y allá dentro, bajo el cielo infinito de los vidrios, la asombrosa vida de las máquinas, que á estas horas levantan formidables póleas.

La idea de lo gigantesco nos asalta de continuo ante la exuberante grandeza de este edificio tan ligero y tan claro, á pesar de la enormidad de sus arcos. Sale uno asombrado, y si entonces, queriendo recorrer por completo la Exposición, se vuelve á bajar á lo largo de las avenidas de Suffren y de Orsay, se choca con sorprendentes contrastes: se enfila la estrecha calle del Cairo, un angosto sendero trazado por hileras de casas blancas, casas que casi se tocan y saludan, con sus ventanas enrejadas de madera, sus puertas en forma de omega griego y sus cubiertas con azoteas. Por encima de la entrada de una de ellas hay colgado un desdichado cocodrilo, que sufrió averías en el trayecto. Perdió, en efecto, una parte de la mandíbula, y la otra, desprovista de dientes, reclama una fiel remonta que cierre las rendijas, tape los orificios y reprima en fin la invasión de la estopa que sale de las fauces como las hierbas parásitas de las grietas de una pared vieja.

Y siguen los edificios de todas las naciones, los cuales se extienden hasta el pie de la torre Eiffel; el palacio de la China, cuya entrada es magnífica, con sus maderas de cedro esculpidas, sus escudos de rojo bermellón, sus pagodas arremangadas, con sus dragones cuyos ojos miran como proyectados al extremo de pedúnculos; vienen luego las repúblicas de la América del Sur, la Grecia, Mónaco, todos los países del mundo, que van á parar á una calle donde voces infantiles refieren los olvidados albergues del hombre, remonándose á las chozas de las primeras edades, á las habitaciones lacustres, á las palafitas construídas sobre estacas y hundiéndose en el fondo de cubeta de un mínimo lago.

Y la Exposición continúa, corre á lo largo del muelle hasta la explanada de los Inválidos, que una calle divide, bordeada por una parte por el macizo y solemne monumento del Ministerio de la Guerra, y por otra por los ligeros edificios de los Protectores y de las Colonias.

Toda esta parte exótica es encantadora. Por encima del Cambodge que descubren sus extrañas torres, y de la Argelia que enarbola verdes cúpulas rematadas en medias lunas de oro, hay una bellísima casa en que se funden todos los estilos del Asia; cubierta de techos en forma de campana, imbricada de tejas verde mirto, á las cuales suceden poco á poco, hacia arriba, tejas rosadas, este edificio, sostenido por pilares bermellón, es un encanto de la vista.

Todavía se dan algunos pasos; pero como una llamada á la realidad, muéstrase la puerta de salida, y se encuentra uno fuera del sueño fantástico, suspenso, admirado, sorprendido, en la vida habitual, en el incoloro París que parecía tan lejos.

J. K. HUYSMANS.

